



*Andrés M.<sup>a</sup> Sevilla S. I.*

## Lejanía y cercanía de la muerte de Cristo

Jesucristo murió en la cruz.

*Murió* tiene una lejanía de pasado que difícilmente vestimos con la presencialidad que se injerta en nuestro día y en nuestro quehacer.

Murió por nosotros. Ese *nosotros* tal vez llega a interesarnos. Más ahora, en estos días, cuando todo se oculta menos Cristo que murió en la cruz.

Nos conmueve ese dolor. Es un sentimiento cristiano porque alguien murió por nosotros. Y la imaginación levanta un andamiaje de dolores que, superando la distancia del tiempo, llega a conmovernos por la trascendencia del dolor de Dios.

Y hasta el que piensa con la frialdad del raciocinio, *Dios hecho hombre; Dios hecho condenado a muerte; a muerte de cruz; Dios hecho muerte*, encuentra en esa trayectoria de Cristo la mejor comprensión de la misericordia y la bondad de Dios.

Pero para uno y para otro se mantiene la lejanía del *murió*.

*Cristo murió por nosotros*. Musitarán esto con el corazón y con la inteligencia; hasta que se apague el rumor. Volverá a encenderse otra vez cuan-

CRISTO MUERE EN NOSOTROS

bagaje de resignación o de humildad, puede quedar olvidado en cualquier recodo de la vida.

Y sin embargo no es bueno caminar con un Cristo desdibujado.

Por eso vamos a quedarnos junto a la cruz para completar la enseñanza del sacrificio. Tal vez aprendamos a cambiar el *murió* por el *muere*.

No conviene que nos alejemos de la cruz porque tenemos algo que hacer en el Calvario. Porque en esa cruz, de alguna manera, estamos nosotros.

La carne y la sangre inmoladas por Cristo eran nuestra carne y nuestra sangre.

Como el sacerdote recibía la ofrenda de la comunidad, Cristo, Verbo de Dios, recibió de la naturaleza humana esa carne y sangre nuestra para ofrecerla al Padre.

Cristo es cabeza de ese cuerpo místico que somos nosotros. Sería incompleto el sacrificio de la cabeza sin el sacrificio del cuerpo. Por eso realmente ha de verificarse también en nosotros el sacrificio de Cristo, al completar en nuestro propio cuerpo lo que falta aún a la pasión del Señor.

Tal vez fue cuando Pablo estaba cargado de cadenas. Cuando de esa manera había encadenado su vida a la cruz de su Señor Jesucristo. Entonces escribía a los Colosenses. Quería con sus manos encadenadas arrancar errores que nacían con la buena semilla entre la primitiva cristiandad.

Y este hombre encadenado de Cristo, va a interpretar su propio sufrimiento, y en su interpretación nos va a traer luz para nuestra mirada a la muerte de Cristo, para acercar el sacrificio de Jesucristo a nuestra vida.

Dice Pablo: «*Me gozo en mis sufrimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, por su cuerpo que es la Iglesia*» (Colos 1 24-29).

¿Qué dolores y pasiones y sufrimientos de Cristo son esos que Pablo puede completar?

Algunos intérpretes quieren ver en esa pasión de Jesús, todo el dolor de Cristo que como persona física de dignidad infinita nos redimió.

A estos sufrimientos que tienen un valor

infinito de satisfacción no podía San Pablo añadir nada.

Si habla de completar la pasión de Jesucristo se refiere a la aplicación de la redención meritoria de Cristo a los hombres. Una aplicación concreta a aquellos ciudadanos de Colosos o a éstos que se cruzan con nosotros en nuestra ciudad.

Otros intérpretes creen que San Pablo habla de la pasión de los miembros del cuerpo místico de Cristo, que es también pasión de Cristo Cabeza de esos miembros.

Se referiría San Pablo, como dice San Agustín, a la «pasión total de Jesucristo que sufrió como Cabeza, y que sufre todavía en sus miembros; es decir en cada uno de nosotros». (2) Es esa agonía de Jesús, de la que decía Pascal que durará hasta el fin del mundo.

Son dos caminos semejantes para incorporarnos personalmente a una misma llamada que nos alista en la redención, y vincula a nuestra vida de cada día la muerte de Jesús.

Completar con nuestro dolor y nuestra pasión el dolor y la pasión de Cristo, en cuanto esa pasión se completa al aplicarse sus méritos infinitos a estos hombres concretos y determinados que deben justificarse.

Unirnos en una sola cosa, por el dolor, los miembros con la cabeza. Cada cristiano con su Señor, y todos entre sí, para que ese Cristo total, para que esa pasión total de Cristo sea redentora de todos.

Podemos seguir cualquiera de los dos caminos. Son angulares diversos de un mismo primer plano.

Hemos logrado un enfoque perfecto de Cristo muerto en la cruz.

Si cuando nos toque con su mano fría el sufrimiento y el dolor y la mortificación y el trabajo, esos compañeros nuestros de todos los caminos, sabemos asirnos a la virtud de Cristo clavado en la cruz, cada desgarradura del dolor será inmolación eficaz en el mismo sacrificio de Jesucristo.

Y la muerte que vendrá, no se espera ya como un castigo, sino como una consumación del sacrificio verdadero. Es una muerte que nos encuentra en la misma cruz de Cristo al

(2) San Agustín, In Ps. LXI. (P. L., 36, 731).

que brindamos nuestra vida. Es una muerte que nos trae la inmolación de nuestro cuerpo que completa, al destruirse, lo que falta a la pasión de Cristo.

Después el mismo Jesús sublimará nuestra inmolación. Nos esperan una resurrección y una glorificación que darán a nuestro cuerpo la agilidad que tienen el fuego y la llama para llegar agradablemente hasta el Señor.

Ahí queda la mirada plena del cristiano a

su Cristo clavado en la cruz. Ya no debe apartarse de la cruz del Señor. Si su mirada ha penetrado hasta el fondo del sacrificio del Calvario, el sentido de su vida cristiana se ha iluminado. Ha alcanzado el misterio de Cristo.

Trazará una raya roja sobre ese *Cristo murió por nosotros*, que recuerda cada año, y escribirá al frente de todas las páginas de su vida: *Cristo muere en nosotros*.

